

TEORIA DE LA IMAGEN EN SU FUNCION AUXILIAR DEL PENSAMIENTO

1.—NO HAY PENSAMIENTO SIN IMAGEN.

Es vieja la convicción de que no pensamos sin recurrir a lo sensible y sin apoyarnos en ello, y concretamente, sin imagen adjunta (1).

Independientemente de la explicación que se dé del hecho, ahí está la realidad del mismo. Y la realidad del hecho —hasta en la convicción antigua— llega al extremo, de que no podemos pensar sin imagen aunque queramos.

Invito al lector a que intente o ensaye liberar su pensamiento de toda imagen concomitante, como quien se propusiese conseguir un pensamiento químicamente puro, a ver si lo consigue o si, por el contrario, confirma personalmente el convencimiento antiguo.

Sin esperar el resultado de su tentativa, creo poder adelantarle con seguridad que no lo conseguirá. Siempre, sin remedio, todo pensamiento lleva adjunta una imagen.

Como es sabido, a principios de siglo apareció la escuela de Würzburg (2) con fuerte propósito de reivindicar frente al nomina-

(1) Νοεῖν οὐκ ἔστιν ἄνευ φαντάσματος. Aristóteles: *De Memoria*, I, 449 b 31. Cf. *De Sensu et Sensato*, 6, 445 b 15. 'Ουδεποτε νοεῖ ἄνευ φαντάσματος ἢ ψυχῆ. *De Anima*, III, 7, 431 a 16. 'Όταν δὲ θεωρῆ, ἀνάγκη ἅμα φαντάσματάτι θεωρεῖν. *Ib.*, III, 8, 432 a 8-9. Cf. *Ib.*, III, 12, 434 a — 435 a.

(2) Representada por pensadores como O. KÜLPE, K. MARBE, J. H. WATT, A. MESSER, K. BÜHLER, N. ACH, DÜRR, J. LINDWORSKY, etc.

Asimismo se adhirieron a la teoría del pensamiento sin imagen los ecléticos R. WOODWORTH y TH. MOORE (contra el estructuralista Titchener) y Binet con su escuela de París.

Ya antes se habían pronunciado en tal sentido W. JAMES (respecto a los sentimientos de relación y los de tendencia) y TH. RIBOT.

lismo sensista lo único que quedaba ya por reivindicar en el área de lo empírico para la Psicología: las funciones psíquicas superiores.

En su afán por consignar con fidelidad y escrupulosidad técnica los datos del conocimiento intelectual mediante el método introspectivo experimental, algunos investigadores de tal escuela creyeron encontrar pensamientos exentos de imagen concomitante.

Pero los resultados de los admirables análisis que efectuaron no fueron en este punto más allá de consignar que el pensamiento se presenta exento de los que llamaban elementos "sensibles", entre los que ellos situaron las *imágenes*, más no de los elementos que denominaron "semi-sensibles" que, en realidad, forman otro sector de imágenes aunque difusas, alusivas, esquemáticas, caprichosas, fugaces, etc.; es decir, un mundo de imágenes en penumbra crepuscular, a las cuales aquellos investigadores no consideraron, sin embargo, como imágenes.

La escuela de Würzburg, pues, al proclamar que se dan pensamientos sin imagen, más que contradecir la afirmación de que todo pensamiento lleva una imagen adjunta, se pusieron a hablar en un lenguaje distinto.

Siguiendo hablando nosotros en el nuestro —que incluye ambas clases de elementos bajo la denominación de "imágenes", aunque no los confunda— se nos impone, en consecuencia, una delicada operación de análisis y descripción para lograr ofrecer al lector con claridad la presencia de una imagen junto a cualquier pensamiento.

Contando, pues, con el hecho histórico de la escuela de Würzburg, no me extraña que algún lector pueda recibir la impresión de sorprender algún pensamiento sin imagen adjunta; pero en tal caso se trata de una impresión no decisiva, reveladora, por otra parte, de la "apaideusia" que padece —según diría Aristóteles— para percibir el fenómeno en su universalidad, pues para efectuar una experiencia tal con valor objetivo es de todo punto necesaria una especial perspicacia ya que ciertas imágenes —según quedó insinuado— son de condición evanescente y fugitiva; perspicacia que no es un don nativo ni mucho menos.

Es necesario previamente, pues, informarse de los diversos tipos de imágenes, en escalafón de las más gruesas a las más sutiles, para poder reconocerlas cuando uno se pone a la expectativa experimental de su presencia o ausencia en un determinado acto de pensamiento.

Los antiguos afirmaban la universalidad del hecho de que al pensamiento acompañe una imagen, convencidos de que era natural al pensamiento humano tal acompañamiento, dada la condición no sólo espiritual sino también material de la naturaleza del hombre (3).

La comprobación empírica del hecho fue muy reducida aun en los grandes maestros. Se contentaron con la observación espontánea, no circunscrita ni sistematizada, a la que añadieron unos primeros conatos con éxito que consideraron muestras suficientes para confirmar la manera de obrar la naturaleza, garantía del comportamiento idéntico que le atribuían en los casos no experimentados, por más distintas que fuesen las condiciones en que se presentasen.

Por lo demás, la comprobación empírica de la universalidad del hecho tiene de por sí, como quedó apuntado, sus complicaciones que la colocan fuera del área de la observación espontánea y con ello fuera del alcance de quienes observan sin instrucción alguna. Para poder experimentar personalmente el fenómeno en muchos casos se necesita estar preparado de manera especial.

Esto creo que podría bastar para justificar la presencia de estas páginas, pues en ellas, ladeando el recurso a la naturaleza humana, me limito a describir el panorama general del mundo imaginativo, distinguiendo su variedad de tipos y su ordenación sistemática desde el punto de vista de su función auxiliar del acto mental. Este procedimiento descriptivo es capaz de enriquecer nuestra capacidad de observación empírica en dirección a la universalidad del fenómeno.

No es, pues, mi propósito concreto en estas páginas el demostrar *la necesidad* de que a *todo* pensamiento haya de acompañar una imagen auxiliar, *deduciéndola* del estudio de la *naturaleza* de la mente humana y, en definitiva, del hombre, al estilo en que lo hicieron Aristóteles y los escolásticos aristotélicos.

Tampoco es mi propósito ofrecer un repertorio *exhaustivo* de los pensamientos que pueda pensar el hombre y mostrar en cada uno de ellos la imagen adjunta, pues tal propósito es absurdo por lo inagotable del tema que lo hace inefectuable. No es posible una *inducción completa* en este asunto.

(3) Cf. ARISTOTELES: *De Anima*, III, 7, 431 a 14-17. SANTO TOMAS DE AQUINO: I, 84, 7; 18, 2; 79, 2; 85, 1; 86, 1; 89, 1; II-II, 180, 5 ad 2. *In II Dist.* d. 20, q. 2, a. 2 ad 2-3; *In III Dist.* d. 31, a. 2 ad 4. *De Veritate*, 10, 2 ad 7; 6 c.; 8 ad 1; q. 19, a. 1. *Contra Gent.* II, 81, *Sciendum*. *Comp. theol.* 81 sqq. *De Memoria et reminiscencia*, lect. 2, n. 312 sqts.

Tampoco pretendo siquiera examinar con técnica de laboratorio un número abrumador de casos selectos que puedan ser base lo suficiente robusta para que pueda resistir el peso de la inducción incompleta, pero garantía científica que se alcance seguidamente sobre ellos.

Me limito aquí a algo previo al examen a que acabo de aludir. Ensayo —no pasa de esto— ofrecer el paisaje panorámico a cuadro descriptivo en que aparecerán los casos imaginativos en su multitud y fertilidad, y según el cual se efectuará, precisamente, la selección de los casos significativos. Es, pues, algo menos y algo más.

Con ello intento sacar al tema de la estrechez en que se ha venido presentando en la tradición, sea porque suele aparecer enjaulado en fórmulas verbales que se repiten idénticas desde Aristóteles o desde Santo Tomás, las cuales en ocasiones más que medios de esclarecimiento son ocasión de oscuridad (4), sea porque se ve ahogado en la abreviatura de las exposiciones usuales.

Mi deseo es que, además del desahogo verbal y la holgura expositiva, logre tener la dote de acierto que, en definitiva, es lo más difícil, lo que más vale y a lo que todo ha de orientarse (5).

(4) Necesita el tema holgura verbal como otros muchos. Dios le libre a uno el hacersele antipática o rebelde a la intelección una fórmula; tropezará siempre con ella.

(5) Con anterioridad a la escuela de Würzburg ya tocaron el tema W. JAMES: *The Principles of Psychology*, New York, Macmillan, 1901, y TH. RIBOT: *L'évolution des idées générales*, Paris, Alcan, 1897; *Essai sur l'imagination créatrice*, Paris, Alcan, 1900.

De la escuela de Würzburg, cf.: B. BINET: *Etude expérimentale de l'intelligence*, Paris, Schleicher, 1903; A. BINET ET SIMON: *Langage et pensée*, en "Année psychologique", 1908, p. 284-339. K. MARBE: *Experimentelle-psychologische Untersuchungen über das Urteil*, Leipzig, Engelmann, 1900. A. MESSER: *Experimentelle-psychologische über das Denken*, en "Archiv für die ges. Psychologie", 8 (1906), 1-224. K. BÜHLER: *Antwort auf die von Wundt erhobenen Einwände*, en "Archiv für die ges. Psychologie", 12 (1908). J. H. WATT: *Experimentelle Beiträge zu einer Theorie des Denkens*, en "Archiv für die ges. Psychologie", 4 (1904), 289-436. R. WOODWORTH: *Imageless Thought*, en "Journal of philosophy and scientific methods", (1906), 701-706. F. AVELLING: *On the Consciousness of the Universal and the Individual*, London, Macmillan, 1912. J. LINDWORSKY: *Das schlussfolgernde Denken*, Freigang in Br., 1916. O. SELZ: *Über die Gesetze des geordneten Denkenverlaufs*, Stuttgart, Spemann, 1913; *Zur Psychologie des production Denkens und des Irrtums*, Bonn, Cohen, 1922.

Información: TH. RIBOT: *Le problème de la pensée sans images et sans mots*, en "Revue philosophique", 2 (1913), 50-68. M. P. BOVET: *Etude expérimentale du jugement et de la pensée*, en "Archives de Psychologie", 8 (1908), 9-48. N. KOSTYLEFF: *Travaux de l'Ecole de Würzburg*, en "Revue philosophique", 2 (1910), 535-580.

Otros estudios sobre la imaginación: H. A. TAIN: *De l'intelligence. II Les images*, Paris, Hachette, 1878. H. BERGSON: *Matière et mémoire*, 1896. J. BARON:

2.—DOS MODOS DE ORDENACION ENTRE IMAGEN Y PENSAMIENTO.

Para comenzar a despejar el camino, conviene tener en cuenta que uno puede proponerse cualquiera de estas dos cosas: imaginar o pensar. Según que el propósito se centre en imaginar o en pensar, las relaciones de ordenación entre imágenes y pensamientos varía, naturalmente. Cuando lo que uno se propone es imaginar, no sé hasta qué punto se podrá determinar en ciertos casos que la imaginación esté horra de pensamiento, pero lo que sí puedo decir es que, las imágenes consiguientes a tal propósito y al correspondiente ejercicio de la imaginación pueden ser elementales o primarias, mera reproducción de objetos de la naturaleza, de un nivel al alcance de la imaginación animal; o pueden ser productos elaborados, por encima de la raya de lo zoológico, como veremos después.

En este último caso, estamos en presencia del mundo imaginativo típicamente humano, dotado de una exuberancia, una textura y un orden definido al que no llega la fuerza imaginativa del animal. La imaginación humana desborda los límites elementales en que permanece encerrada la imaginación del bicho, por respetable que sea. Es una lástima, pero ni los ojos del águila están hechos para mirar, por ejemplo, el paisaje; menos su imaginación para imaginarlo.

Toda la riqueza de la imaginación humana se la presta el pensamiento. Este, en ocasiones, se pone a su servicio, respetando ciertos fueros que aquella le propone. El pensar, en esta actitud, es un auxiliar del imaginar. Tal es la función que el pensar desempeña en determinadas manifestaciones de la cultura, por ejemplo, en el arte. Mas esta composición no interesa para mi propósito actual, a no ser

Die Bedeutung des Phantasmaten für die Entstehung der Begriffe bei Thomas von Aquin, Münster, 1902. J. PHILIPPE: *L'image mental*, Paris 1903. C. READ: *On the difference between percepts and images*, en "British Journal of psychology", 1908. E. PELLAUBE: *Les images*, Paris, Rivière, 1910. C. W. PERKY: *An experimental study of imagination*, en "American Journal of Psychology" (1919), 422-452. L. BARAT: *Substitution des images aux sensations*, en "Journal de Psychologie normale et pathologique" (1912), 163-170. H. BOURDON: *La pensée sans images*, en "Journal de Philosophie" (1923), 189-205. M. I. CONGAR: *Le rôle des images dans l'abstraction intellectuelle selon Caietan*, en "Revue Thomiste", 1934-1935, suppl. págs. 225-245. K. RAHNER: *Espiritu en el mundo*, (trad.) Barcelona, Edit. Herder, 1963. E. WOLF: *La sensation et l'image*, Paris, 1946. R DE SAINT LAURENT: *L'imagination*, Avignon, 1950. JOSE DE ERCILLA: *Saber no representado*, en "Pensamiento", 15 (1959), 353-373; *De la imagen a la idea. Estudio crítico del pensamiento tomista*, Madrid, Edit. Gredos, 1959. Esta obra tiene varias páginas de bibliografía.

para ayudar a entender, por contraposición, la contraria. Por esto, consignada aquélla, continúo con ésta.

Cuando lo que uno se propone es pensar, la faena de imaginación que acompaña a éste ejerce una función secundaria. Podemos atribuirle en este caso a la imaginación la función que en el anterior atribuíamos al pensamiento: la de ser auxiliar de éste. La imagen que va adjunta al pensamiento, cuando uno se propone pensar, está subordinada al pensar y es auxiliar del pensamiento.

Este terreno de subordinación de la imagen al pensamiento es el terreno especial en el que yo invitaba en un principio al lector a que intentase pensar sin imagen adjunta, y donde le pronosticaba la esterilidad de su propósito.

Este es, pues, el coto sobre el que vamos a caminar si el lector me sigue, con el propósito de distinguir la variedad de las imágenes que presenta y así estar preparados para identificar en cada caso la imagen que acompañe al pensamiento por escurridiza que ella sea.

3.—POLARIZACION DE LAS IMAGENES AUXILIARES.

Cuando se piensa, piensa *alguien* y se piensa *algo*. No se da un pensamiento *de nadie* ni *de nada*. El pensamiento siempre es *de dos*: de quien piensa y de lo pensado; del sujeto y del objeto; mío, pues pienso yo, y del Foro romano, pues pienso en el Foro romano.

Este hecho puede aportar su complicación particular a nuestro asunto. En efecto, al decir que no puede haber pensamiento sin imagen ¿hacia cuál de estos dos elementos está referida u orientada la imagen: hacia el sujeto o hacia el objeto?

Se creará que la imagen ha de ser "imagen-del-objeto", ya que precisamente éste es el que decide sobre el acto del pensador. Si alguien se pone a pensar se pone a ello porque un objeto le mueve en el sentido de que le invita —y hasta le arrastra quizás— al proponérselo como objeto de pensamiento.

Esto es verdad; y, si el objeto está instalado en el terreno de lo sensible, brindará al pensador una imagen *propia*. Pero que el hombre se vea obligado a pensar con imagen adjunta y que decida colocarse en actitud de pensar —y con ello poner la imagen al servicio del pensamiento— no quiere decir que se vea obligado a utilizar la imagen que el objeto le propone, aun cuando le fuese quizás más

provechoso. La ineludibilidad de que el pensamiento lleve imagen adjunta no llega al detalle de que esa imagen haya de ser la propia del objeto sobre que se piensa o la más congruente con él (6).

Sobre la base de este margen objetivo de opción, el sujeto puede presentarse ante el objeto con ciertas determinaciones o preferencias que le inclinan más a un tipo de imágenes que a otro y que es un antecedente que hace que las imágenes con que entiende los objetos puedan ser consideradas, en general, como "imágenes-del-sujeto".

Cuando las imágenes empleadas en un conjunto de objetos responden a ellos de modo apropiado, se puede decir que están polarizadas hacia el objeto, aun cuando las imagine alguien. Cuando tienen su origen en la espontaneidad selectiva del sujeto, se puede decir que están polarizadas hacia el sujeto, aun cuando éste las use para entender un objeto.

Ahora bien ; puede ocurrir que entre las imágenes que propone por un lado el objeto como propias o más o menos apropiadas o ajustadas a él y las que escoge el sujeto, por ser afines o a más o menos conformes con su espontaneidad personal, medie una cierta incompatibilidad o incoherencia, con lo cual surge en tal caso un conflicto que entorpece o imposibilita el éxito de la intelección.

Así, por ejemplo : las imágenes de los objetos matemáticos y las de los objetos biológicos son muy distintas. Pudiéramos decir que apenas encontrará el matemático en el área entera de los objetos de la biología una imagen pertinente al campo matemático. Y lo mismo le ocurre al biólogo con las imágenes del área de objetos de la matemática (7).

Pero ocurre que el matemático profesional, dócil constantemente a las inspiraciones imaginativas que le proporciona el mundo de su especialidad, se va cargando, en virtud de un proceso lento e imperceptible de sedimentación imaginativa, de un cúmulo de imágenes que van moldeando su alma en un determinado sentido y configurando una peculiar espontaneidad imaginativa artificial, afin, na-

(6) Si fuese necesaria la imagen *propia*, no podríamos pensar sino tan sólo cosas cuya imagen propia conociésemos. Y no podríamos pensar en cosas que no tienen imagen por sí mismas, como son las espirituales.

(7) Considerense estos juicios como de valor apreciativo general tipológico, expresivos de dos mentalidades completamente distintas, sin más pretensiones. Actualmente vemos cómo el mundo biológico y el matemático se van aproximando en el campo de la Cibernética y de la Biónica, por ejemplo.

turalmente, con el modo imaginativo de la matemática, como resonancia que es de él. Esta espontaneidad gnoseológica adquirida por lenta sedimentación tiene el valor de capacitación auxiliar especial para el pensamiento de objetos matemáticos. Pero a la vez, tiene la contrapartida de ser obstáculo, incongruencia, para el pensamiento de objetos biológicos.

Lo que he dicho del matemático respecto a la biología, se puede decir del biólogo respecto a la matemática. Y se trata nada más que de ejemplos de contraposición de dos ciencias.

Asimismo, lo dicho de la espontaneidad característica de cada científico, adquirida al compás de la adquisición de la ciencia respectiva y con el ejercicio de la misma, se puede decir también de la correlación entre los objetos de las distintas ciencias y el tipo de espontaneidad imaginativa de carácter nativo que uno tiene.

En conclusión: las imágenes a que, debido a espontaneidad nativa o adquirida, puede acudir una persona como auxiliares de sus pensamientos, pueden estar en contradicción o en incoherencia con las imágenes que los objetos de tales pensamientos exigen como propias o más apropiadas. Por ello, las imágenes a las que las personas, en tal circunstancia, pueden acudir espontáneamente como a guías de su actividad mental, si por un lado (el del sujeto) resultan verdaderos elementos auxiliares, por otro (el del objeto) resultan estorbos.

Por lo demás, se comprende que esta contra-función sea capaz de determinar el gusto o afición a una u otra determinada clase de pensamientos; en concreto: a la que solicita el tipo de imágenes coincidente con el de la espontaneidad personal.

Mas no limitándome aquí a ninguno de los dos tipos de imaginación ni a ningún sector particular de objetos, conviene incluir en la cuenta esta doble cara de las imágenes: hacia el sujeto y hacia el objeto, así como las complicaciones consiguientes posibles, pues ello puede adelantar ya de por sí un cierto grado de esfuerzo imaginativo, aparte de las complicaciones que ulteriormente pueden surgir en el proceso mismo de intelección.

4.—DIVERSIDAD CATEGORIAL DE IMAGENES.

Las imágenes hacia las que espontáneamente va la intención cuando se oye decir que no podemos pensar sin imagen son las vi-

suales. La vista es la cantera de donde extraemos más imágenes. No es extraño que se escape de ordinario el alma espontáneamente hacia ella en su busca cuando las necesita, y que hasta nos presente una especial dificultad el comprender el mundo imaginativo de los ciegos de nacimiento.

También los otros sentidos contribuyen a enriquecer nuestro capital de imágenes, pero en cantidad mucho menor. Hay que contar, sin embargo, con que aportan imágenes de nuevos tipos, propias de cada sentido. El oído, las imágenes acústicas, entre las cuales se cuentan las musicales; el tacto las representativas de la presión, de la suavidad y aspereza, movimiento y reposo, calor y frío. También el olfato y el gusto contribuyen, aunque sus imágenes son las más pobres y elementales.

Ocurre que propiamente la imagen pertenece a la imaginación, es decir, a una potencia psíquica que reproduce las sensaciones habidas aun cuando ya no existan éstas. Mas diríamos que los objetos de las sensaciones visuales gozan como del privilegio de tener por sí mismos ya el valor de imágenes antes de haber pasado por la imaginación (8). Un triángulo, dibujado en la pizarra, tiene de por sí virtud de imagen. Lo mismo el panorama que se abre ante mis ojos. Pero no ocurre lo mismo con lo percibido por los otros sentidos, sobre todo el gusto y el olfato. Estos nos suministran meras sensaciones, que sólo vienen a adquirir categoría de imágenes cuando ellas mismas —como otro objeto cualquiera— pasan a ser representadas por la imaginación en nuestro interior.

Naturalmente, por lo que acabo de decir se comprende que las imágenes del sector visual sean las más indicadas para que las tomemos como auxiliares del pensamiento, pues, además de ser mucho más numerosas que las de los otros sectores, tienen más objetividad y por ello se prestan a una más provechosa y fácil utilización. Al imaginar el sabor a coco o el olor a petróleo, si prescindimos de las sensaciones adjuntas lo que imaginamos son propiamente meras sensaciones oscuras e insignificantes. Lo que ocurre de ordinario es que la imaginación de un sabor o de un olor determinado va incluida

(8) Tanto que hasta llamamos *imagen* visual a la reproducción del objeto en la retina, *imagen* fotográfica a la reproducción del objeto en la película de celuloide, "imágenes" a las estatuas que son reproducciones de personajes de santidad reconocida por la Iglesia.

en un enjambre de sensaciones que constituyen 'la "percepción"'. En virtud de estas adherencias, o mejor, en virtud de las otras sensaciones a las que los sabores y olores se presentan adheridos, ellos vienen a ser como elementos que complementan una imagen concreta.

Por lo demás, nos consta que varios sentidos pueden contribuir —aisladamente, cada uno por su camino— a configurar la imagen de un objeto. La reproducción imaginaria de un círculo, en quienes tenemos la suerte de poseer vista, es, por tendencia espontánea, visual. También nos es posible reproducirla por vía táctil. O, mejor dicho, admitimos como accesible tal reproducción imaginaria a los ciegos de nacimiento, pues para nosotros —los videntes— es un tormento y un esfuerzo casi estéril el intentar prescindir en la reproducción imaginaria de los datos visuales que poseemos y hacer funcionar al efecto de modo exclusivo los táctiles. Pero comprendemos que lo que para nosotros es casi un imposible, para los ciegos es una necesidad, que se ha transformado en espontaneidad.

Cuando se dice que no hay pensamiento sin imagen, se entiende por "imagen" una reproducción *imaginaria* de algo recibido de manera inmediata o mediata de la sensación (de cualquier sentido), es decir, una "imaginación", entendiéndose a su vez con este nombre, no la facultad de imaginar, sino el producto de su funcionamiento, o sea, el singular de lo que en plural significa el término "imaginaciones", aunque sin decir que sean falsas o equivocadas.

5.—EL PUESTO DE LA IMAGEN ADJUNTA AL PENSAMIENTO.

Dado que hablo de la imagen que va adjunta al pensamiento, cabe pensar a qué lado va adjunta. Parecerá cosa de mera curiosidad la pregunta y carente de interés objetivo, mas para nuestro asunto tiene su importancia.

La contestación más cómoda parece ser el decir que va del brazo del pensamiento, en uno de sus flancos; pero no me parece ésta una colocación teórica exacta. Más ajustado creo que es decir que se sitúa delante o detrás del pensamiento, según las peculiaridades que presente cada caso.

Ya el antiguo pensador Sto. Tomás de Aquino, cuyo pensamiento muestra en su anatomía orgánica una reciedumbre universalmen-

te reconocida, habla de dos posibles localizaciones de la imagen: previa a la obtención del concepto por el entendimiento y posterior a la obtención del mismo. El entendimiento —dice— necesita de la imagen para pensar cuanto piensa; "pero se comporta respecto a la imagen, que le es indispensable, de manera distinta antes de tener concepto y después de tenerlo. Antes, precisa de ella para obtener el concepto, de donde viene a ser como el objeto que mueve al entendimiento. Mas después de obtenido el concepto la precisa como un instrumento o apoyatura del concepto obtenido, de donde aquí el entendimiento viene a ser causa eficiente de la imagen. Efectivamente, al dictado [secundum imperium] del entendimiento es configurada en la imaginación la imagen congruente a tal concepto, el cual resplandece en aquella como el modelo en su trasunto o figura" (9).

Está claro, pues, que la compleja realidad del mundo imaginativo nos invita a localizar unas imágenes en un lugar anterior al pensamiento y otras en un lugar posterior a él.

Esto tiene como consecuencia importante para nuestro caso —como ya apunta el autor citado— que las imágenes anteriores al concepto se presentan en su naturalidad y espontaneidad, sin ser influidas por él, sino al contrario: el entendimiento cuenta con ellas como con un elemento objetivo que provocará el concepto mismo; mientras que las posteriores al concepto reciben influencia del concepto en su configuración, pues la imaginación las modela bajo la presión o dictado del entendimiento, quien a su vez dicta en consonancia con el concepto para el que le van a servir de instrumental.

Atendiendo precisamente a estas dos situaciones de la imagen, parece que distinguió ya Aristóteles entre imágenes *sensitivas* y *razonables* (10), es decir, entre las modeladas por la imaginación según los datos que le confieren directamente los sentidos, y las modeladas según las directrices que le marca el entendimiento atendiendo

(9) *Contra Gent.* II, 73, Si autem. Véase también este otro texto: "Cada uno puede experimentar en sí mismo que, cuando intenta [conatur] entender algo, se configura imágenes a modo de ejemplos, en los que como que ve lo que intenta [studet] entender. De donde, cuando queremos explicar algo a otro le proponemos ejemplos de los que puede procurarse imágenes para entenderlo". *Suma Theológica*, I, 84, 7.

(10) "Ὅλως μὲν ὡς περ εἰρηται, ἢ ὀρεκτικόν τὸ ζῶον, ταύτη ἑαυτοῦ κινετικόν, ὀρεκτικόν δὲ οὐκ ἄνευ φαντασίας φαντασία δὲ πᾶσα ἢ λογιστικὴ ἢ αἰσθητικὴ ἴαυτης μὲν οὖν τὰ ἄλλα ζῶα μετέχει. Aristóteles: *De Anima*, III. 10; 433 b 28-29.

al concepto al que van a espejar en servicio del mismo entendimiento (11).

Veamos en particular algunas características que presentan cada una de ellas, interesantes para nuestro asunto.

Para este ajuste no representan obstáculo ni la imperfección en la sensación misma por falta de atención, ni la inevitable y consabida dosis de amortiguamiento de toda imagen respecto a la viveza de la sensación, que la hace tender hacia un nudismo empobrecedor, pues se cuenta ya con uno y otro hecho desde un principio.

Cuando intento representarme imaginariamente una manzana, una casa o un abeto previamente vistos, estoy muy lejos de representarme tales objetos con todos los detalles visibles aun desde el punto de vista desde el cual los vi. Ello se debe ya, en parte, al despeje que efectúa la atención de la mirada con el hecho de marginarlos al colocar el centro en otros. En parte, se debe al debilitamiento posterior que sufre la misma sensación tenida cuando pasa a ser reproducida por la imaginación.

Por lo demás, las imágenes habituales de los objetos que tenemos en reserva en nuestra imaginación los reproducen en un esquematismo bastante elemental que reduce los detalles cómodamente al mínimo.

Esta imaginación rudimentaria, pero suficiente, asoma cuando el proceso que ha ido de fuera adentro, de la visión, por ejemplo, a la imagen, retrocede y va de la imagen al dibujo de la imagen misma, como ocurre cuando dibujamos una manzana, una casa o un abeto en la pizarra al hablar de tales objetos. No es que la imagen que nos permite efectuar tales dibujos se limite a tener simplemente el esquematismo que presentan esos dibujos, pues ocurre que en el dibujo de la imagen se da un nuevo grado de decadencia semejante al que se da de la sensación a la imagen (12), pero ocurre que un por-

(11) La imaginación sensitiva es común con los animales (Ib. c. 11; 434 a 7-8). El pasaje citado en la nota anterior es un poco misterioso. Santo Tomás de Aquino interpreta así la expresión "...ἡ λογιστικὴ ἢ αἰσθητικὴ" (aut rationalis aut sensibilis): "Phantasia usque ad intellectum extendit [Aristoteles], sequens nominis rationem [la etimológica]. Nam phantasia apparitio quaedam est: apparet autem aliquid et secundum sensum et secundum intellectum. Phantasia etiam habet suam apparitionem in absentia sensibilium, ut ratio et intellectus". *In De Anima*, III, lect. 16, n. 837. Actualmente se considera que Aristóteles se refiere con esa fórmula a la imaginación funcionando al dictado del entendimiento en el sentido usado en el texto. Así también, otros comentaristas griegos y latinos.

(12) Se suprime, por ejemplo, el colorido y la tercera dimensión, que no aparece ni en forma de perspectiva.

centaje de detalles sentidos son a su vez relegados por la imagen del objeto como no interesantes.

Mas, no obstante todo este empobrecimiento imaginativo respecto al objeto imaginado, podemos seguir diciendo que se trata de imágenes de objetos tal como se encuentran en la Naturaleza, por ejemplo: la manzana, la casa o el abeto; y, por tanto, de imágenes *anteriores* al pensamiento, a la función propia del entendimiento, de la razón. Por ello podemos llamarlas imágenes *sensitivas* —que nos son comunes con los animales—, pues son configurables sin necesidad de interponerse la razón.

Mas otras imágenes, como he dicho, surgen bajo la presión o dictado del pensamiento y, por ello, pueden ser consideradas como posteriores a él. El entendimiento no se limita, en estos casos, a percibir los objetos que le brindan los sentidos directamente o mediante la sola imaginación; su alcance es de mayor horizonte, aunque el punto de partida de sus desplazamientos son aquellos datos primitivos.

En estos desplazamientos mentales es cuando el entendimiento presiona a la imaginación y ésta, influenciada por tal presión, imagina (13). Las imágenes resultantes de esta operación son las que se consideran como *posteriores* al pensamiento.

Mas interesa advertir a este propósito la precisión siguiente: que el impulso mental puede limitarse simplemente a urgir la *mera reproducción* de una imagen cuyo lugar natural o propio es anterior al pensamiento en el sentido explicado más arriba. Tal caso es intrascendente. De lo que se trata es de las imágenes *especiales* que surgen bajo la presión del entendimiento.

Pues bien, esta especialidad tiene como característica general el *no ser propias* de los objetos sensibles en el sentido de que, aunque originarias de ellos, están truncadas o deformadas, mezcladas, confundidas; y además, los objetos a que van referidas son otros distintos de los sensibles, y propuestos por el entendimiento.

(13) "In parte sensitiva invenitur duplex operatio. Una secundum solam immutationem: et sic perficitur operatio sensus per hoc quod immutatur a sensibili. Alia operatio est formatio, secundum quod vis imaginativa format sibi aliquod idolum rei absentis, vel etiam nunquam visae". I, 85, 2 ad 3. "Quamvis prima immutatio virtutis imaginariae sit per motum sensibilium, quia phantasia est motus factus secundum sensum, ut dicitur in libro *De Anima* [III, 3; 428 b 10-17. Santo Tomás de Aquino: *In De Anima*, III, lect. 6, nn. 655-659]; tamen est quaeram operatio animae in homine quae dividendo et componendo format diversas rerum imagines, etiam quae non sunt a sensibus acceptae". I, 84, 6 ad 2.

Dentro de estos objetos del pensamiento aludidos, a cuyo servicio están tales imágenes, cabe distinguir, a su vez, dos clases: unos, respecto de los cuales las imágenes surgidas son de alguna manera *propias* (de manera semejante a como lo eran las anteriores respecto a los objetos sensibles); y otros respecto a los cuales las imágenes son *impropias*. De modo que las imágenes de la primera de estas clases está situada entre las propias de los objetos sensibles y las impropias adjuntas a objetos mentales propiamente tales.

Cuando me dispongo a pensar sobre el círculo o el triángulo, comienzo por imaginarme el círculo y el triángulo, de modo que ésta es una operación *previa a pensar* sobre tales objetos. Pero ocurre que el hecho de tal operación imaginativa ya es inexplicable si no es en virtud de una intervención anterior más primitiva de la mente sobre ella que le permite llegar a producir imágenes de tal grado de pureza que su producción está por encima de la imaginación natural y netamente sensitiva del animal o del hombre.

En aquel esfuerzo de imaginación productora de imágenes no propias de los objetos sensibles hay situaciones, sin embargo, muy apuradas en las que la imagen no llega tan dócilmente y se necesita buscarla con especial intensidad. Quien se propuso averiguar la ley del cálculo del área del triángulo, tuvo que realizar un esfuerzo de imaginación bastante considerable. Seguramente que mayor todavía será el del lector que (sin estar en antecedentes) intente averiguar en cuántas figuras diversas se puede concretar el poliedro llamado "pentaedro". Y todavía más arduo será su esfuerzo imaginativo si lo que presiona es el siguiente problema intelectual: "Un cubo de tres centímetros, dibujado por todas sus caras, es dividido en cubitos de un centímetro cada uno. ¿Cuáles cubos podríamos dibujar sobre tres caras?" (14). Para resolver este problema es imprescindible una actividad imaginativa tan fuerte y complicada que seguramente no se logra si no es ayudándose de un dibujo gráfico ante la vista.

Mas si el tendimiento provoca esta actividad imaginativa tan intensa en su propio servicio en problemas mentales en los que la

(14) Planteado por R. E. BRENNAN: *Psicología General*, Madrid, Edic. Mc-rata, 1952, pág. 252.

imagen, una vez hallada, adecua (15) al pensamiento a cuyo servicio se pone, ¿qué esfuerzo no provocará cuando se trata de temas mentales que, en definitiva escapan a la posibilidad de ser representados por imágenes de carácter propio, y sólo admiten imágenes borrosas, parciales, insinuantes, alusivas? En estos casos, la imaginación se estira y tensiona sacando todas sus reservas al servicio del pensamiento presionada por el mismo. Antes de acertar, la actividad imaginativa tantea, forcejea, ensaya posibilidades.

En ocasiones, ocurre que ya se está en posesión de la idea obtenida por un camino imaginativo y la misma idea impulsa a la obtención de otra imagen, como cuando, sabido que un "tetraedro" (ésta es su palabra) es el cuerpo geométrico que tiene cuatro caras, nos esforzamos en hallar su figura visual, o, al revés, ante su figura visual forcejamos por dar con su nombre que no recordamos y acaso lo tenemos "en la punta de la lengua".

6.—TRES TIPOS DE PENSAMIENTO EN RELACION CON LA IMAGEN.

Los escolásticos distinguían tres grupos generales de ciencias, que hacían depender del plano de abstracción en que se encontraban instalados sus pensamientos respectivos. Hablaban de tres diversos modos de abstraer o prescindir de lo que llamaban materia o corporeidad, que constituían entre sí una especie de gradación y situaban a los pensamientos respectivos como en diversos estratos, planos o niveles de altura.

El primer grado de abstracción lo constituía un modo de conceptualización que se limitaba a prescindir tan sólo de la que llamaban "materia sensible individual". Mantenía, sin embargo, la que llamaban "materia sensible universal" o el cuerpo físico en cuanto tal. Considera, pues, este primer grado a los cuerpos tal como aparecen

(15) Al decir que "adecua" o "es propia" del pensamiento, uso estos términos en un sentido rebajado. Propiamente la imagen siempre se queda corta respecto al pensamiento, desde el momento que no es el pensamiento y es de naturaleza inferior a él. Lo que intento decir con aquellos términos es que entre las imágenes las hay que, a su modo, se ajustan al objeto mentado, mientras que otras soalmente lo representan parcial o vagamente en el sentido apuntado en el texto.

a los sentidos, aunque no en su individualidad sino en un determinado grado de generalidad (16).

El segundo grado lo constituía la conceptualización que prescindía hasta de la "materia sensible universal". Mantenía, no obstante, la que llamaban "materia inteligible"; materia ésta que identificaban con el cuerpo matemático.

El tercer grado lo constituía la conceptualización que prescindía de toda materia o corporeidad (tanto física como matemática).

El primer grado o plano lo llenaban las ciencias físicas y naturales; el segundo, las matemáticas; el tercero, la Lógica y la Metafísica.

No pretendo hacer aquí un examen de la corrección o incorrección de esta distribución de modos de conceptuar. Seguramente que, después de muchas explicaciones y de relegar por infelices e ineptas expresiones como "materia sensible universal" y "materia inteligible" (que sólo son usadas a este propósito), resultaría admisible esta teorización.

En relación con el propósito para el que he aducido esta cita, diré que en tal tipificación de pensamientos apunta —si no se viene a identificar en el fondo con ella— una distinción de pensamientos basada en su relación con las imágenes, distinción que es de importancia capital exponer aquí. También tiene un carácter de gradación, como la anterior, y se consideran los pensamientos situados en diversos grados (correlativos a los anteriormente apuntados).

Los denominaré provisionalmente de la siguiente manera: 1) pensamientos infra-imaginativos; 2) pensamientos imaginativos; 3) pensamientos supra-imaginativos.

Estas denominaciones reclaman un comentario. Si anteriormente opté por que se relegase de la nomenclatura tradicional algunas expresiones por infelices, el lector encontrará en lo que acabo de decir una plaga de infelicidades. En efecto, las mismas ideas corrientes permiten opinar, por ejemplo, que todo pensamiento es supra-imaginativo (ya en nota anterior lo hice constar); por lo cual pueden considerarse llenas de contrasentido la primera y segunda denominaciones y ociosa la tercera. Por esto, se me impone la explicación

(16) Los cuerpos aparecen a los sentidos investidos de individualidad. De ésta hacen abstracción, como se ve, hasta las ciencias instaladas en el grado o nivel ínfimo de abstracción.

de tal nomenclatura provisional, ya que no me decido a retirarla por las ventajas que en ella veo, al menos para el caso en cuestión.

Para explicarme, propongo recordar que el tema permanente de estas páginas es la función auxiliar de la imaginación para el pensamiento. En un plano inferior a la imaginación podemos colocar sin reparo alguno los sentidos, pues que éstos le prestan el material primitivo y sobre ellos actúa aquélla. A su vez, quede firme que el entendimiento tiene su propio nivel ontológico no sólo por encima de los sentidos sino por encima de la imaginación, debido ello a razón análoga. La imaginación, pues, viene a situarse, como en su lugar propio, en un lugar intermedio.

Pero, esto asentado, puedo advertir lo siguiente: que el entendimiento funciona con pensamientos; y éstos, no sólo son cosa del entendimiento que funciona sino del objeto sobre el que funciona —como ya hice observar anteriormente—. De donde, que el entendimiento esté por encima de los sentidos y de la imaginación no impide que funcione en el plano de los sentidos o en el propio de la imaginación; ello depende de que los objetos sobre que versan sus pensamientos pertenezcan al campo de los sentidos o de la imaginación. Cuando el objeto pensado pertenece al campo de los sentidos o de la imaginación, se puede decir que el entendimiento se desenvuelve en el campo respectivo de los sentidos o de la imaginación (no en el propio y exclusivo de él), y, por tanto, que *desciende*. Sin embargo, cuando el objeto pensado pertenece al campo propio y exclusivo de él, entonces se desenvuelve en el propio campo y *no desciende*.

Ahora bien; al no descender, se mantiene por encima del plano propio de la imaginación; mas, como por otro lado, no puede prescindir de ésta, actúa sobre ella en el sentido de urgencia y tensión.

Según esto —y tomando como eje la imaginación—, cuando el pensamiento se desenvuelve en el plano propio de los sentidos, entonces se cumple lo que quise decir con la expresión: "pensamiento infra-imaginativo"; cuando atiende al plano propio de la imaginación, se da el llamado: "pensamiento imaginativo"; cuando supera el plano de la imaginación misma: entonces se trata de "pensamiento supra-imaginativo".

¡Está claro también lo siguiente: Por una parte, afirmar que el pensamiento se desenvuelve en el plano de los sentidos no es afirmar que perciba sólo lo que perciben los sentidos, ni que no funcione de

modo concomitante la imaginación. Por otra parte, la realidad de los pensamientos típicamente supra-imaginativos no excluye la presencia de imágenes que funcionen como adjuntas y auxiliares de los mismos, pues sigue afirmada la tesis de que no se da pensamiento sin imagen; tesis que, precisamente, estoy esforzándome por hacer comprender.

Queda por entender cómo pueden las imágenes auxiliar al pensamiento en un plano superior al propio de ellas. Es éste el punto más oscuro, más difícil de comprender y —una vez entendido— el que más contribuye a entender la universalidad del hecho de que no hay pensamiento sin imagen.

Intentando lograr una explicación lo más clara que me sea posible de ese punto tan difícil, voy a explicar tres tipos de imágenes que se pueden distinguir también en relación con el pensamiento.

7.—TRES MODOS FUNCIONALES DE LA IMAGEN AL SERVICIO DEL PENSAMIENTO.

La imagen se distingue de la sensación propiamente tal y del pensamiento por constancia empírica positiva o negativa. Ocupa un lugar intermedio. Por debajo de las imágenes están las sensaciones y por encima los pensamientos. La fuente subjetiva de los tres es el hombre, que es *quien* siente, imagina y piensa. La fuente objetiva primitiva son los objetos percibidos por los sentidos. Los objetos percibidos inicialmente por los sentidos son los que ulteriormente son imaginados y pensados, es decir, constituyen la base de las imágenes y de los pensamientos, desde los cuales, por tanto, la imaginación y el tendimiento pueden desplazarse en distintas direcciones; concretamente, en dirección a los objetos propios y exclusivos de la imaginación y en dirección a los objetos propios y exclusivos del entendimiento.

Pues bien; según esto, las imágenes pueden presentar tres tipos generales cuando funcionan al servicio del pensamiento: 1) o son meras reproducciones de los objetos percibidos por los sentidos, tal y como éstos nos los ofrecen (con el margen de variación respecto a la intensidad y detalles ya mencionado —apartado 5—); 2) o son representaciones de objetos tan perfilados y pulidos que no acertamos a encontrar ninguno igual entre los que nos ofrecen los sentidos en la

Naturaleza ; 3) o son, finalmente, rasgos sugerentes que, independientemente del objeto particular que nos presenten, apuntan o aluden a la vez a otro objeto inimaginable de por sí, pero cuya alusión es precisamente la que incita a la configuración de tal imagen.

Vayan unos ejemplos para reforzar la explicación. Yo abro los ojos y veo una manzana, un ciprés, la silueta de los montes lejanos. Cierro los ojos y me imagino lo visto con toda exactitud, de modo que podría pintarlo (Vuelvo a remitir a la observación sobre la imprecisión de la imagen y hasta de la sensación misma). Son imágenes del primer tipo.

Pero seguidamente, abandono el intento de reproducir esos objetos tal como son en su realidad según me los ofrece la vista, y cedo a otras sugerencias. A la manzana la descoloro, la desodoro, la desfondo y lo que queda : el mero volumen imaginario, lo someto a una especie de torno misterioso que la transforma en algo tan perfecto que es una super-manzana, lo que llamo una esfera, cosa que no encuentro en la naturaleza. De modo semejante, el ciprés viene a ser transformado en un acutángulo esbelto y la silueta de los montes en ondulada regular. Me sitúo así delante del segundo tipo de imágenes.

Mas no queda aquí el asunto. Junto al ciprés veo otro ciprés ; y al par de ellos veo un pino. Asimismo, "veo" la diferencia que se da entre ellos. Esta diferencia la "imagino", por ejemplo, estructurando en llaves tales objetos así :

$$\text{árbol} \left\{ \begin{array}{l} \text{ciprés} \\ \text{pino} \end{array} \right\} \left\{ \begin{array}{l} \text{ciprés 1} \\ \text{ciprés 2} \end{array} \right.$$

Como se ve, estas imágenes no se encuentran en la Naturaleza, pero a la vez no tienen entidad por sí, no tienen objetos propios independientes, están totalmente subordinadas a objetos desproporcionados para ellas. Estos objetos son los del pensamiento en su tercer grado de abstracción precisamente ; es decir, los que pertenecen al plano que en el punto anterior llamé supra-imaginativo. Y las imágenes son imágenes del tercer tipo.

Vuelve a aparecer aquí la dificultad de comprender esta situación tan peculiar. No cabe duda de que estas imágenes, en función en cierta manera supra-imaginativa, colocan al hombre que imagina

en una distensión y trabajo forzado y ellas mismas sufren violencia. Es, ciertamente, el punto más arduo y último entre los que voy a tratar.

Puesto que el primer grado de abstracción es el plano de las ciencias físicas y naturales y el de los sentidos, no es extraño que en tal plano ejerzan un excelente papel auxiliar los sentidos, y también la imaginación en cuanto mera reproductora de las sensaciones o datos sensibles. Como el segundo grado de abstracción es el plano propio de las ciencias matemáticas y de la imaginación pura, se comprende también que en tal plano funcione la imaginación como en su propia casa, aun cuando se la suponga (como es el caso) sometida al pensamiento matemático. Mas siendo el tercer grado de abstracción el plano de la Lógica y de la Metafísica, cuyo modo mental supera la imaginación, ¿cómo puede ésta hacerles servicio alguno?

Voy a detenerme a exponer las peculiaridades de cada uno de los tres tipos de imágenes: las naturalistas, las matemáticas y las lógicas o metafísicas. Así, tomando de lejos, desde el principio, el asunto, terminará por hacérsenos más comprensible el último punto que es el más difícil de comprender y donde espontáneamente puede parecer que no se dan imágenes adjuntas, fallando así la pretendida universalidad del antiguo convencimiento de que no se da pensamiento sin imagen.

Aunque según las exigencias lógicas los puntos siguientes son subdivisiones del presente, atendiendo a las exigencias de equilibrio expositivo los presento al lado como puntos aparte. Me lo pide su longitud.

8.—LAS IMAGENES CARACTERISTICAS DEL PENSAMIENTO NATURALISTA.

Son éstas, como quedó insinuado, las que se limitan a reproducir internamente los objetos que nos proporciona la sensación. Corresponden a palabras como las siguientes: ciervo, árbol, pez, olor de rosa, paisaje, canto de grillo, flor, nube, niña, polvo, relincho, miel, etc. (17).

(17) Si —como estoy suponiendo— la palabra es portadora de la imagen, no considero la palabra misma como imagen. No niego, sin embargo, que lo sea. Hasta podré decir que las palabras pueden clasificarse, en cierta manera, entre las imágenes naturalistas. Pero la consideración de las imágenes verbales la reservo en bloque para más adelante.

Téngase en cuenta primeramente la distinción que media entre el pensamiento naturalista y su imagen correspondiente, que, por estar a su servicio, podemos llamar también naturalista.

Cuando en Zoología se habla del "caballo", esta palabra me remite a un orden de animales mamíferos cuadrúpedos ungulados solípedos, y dentro de él a los que tienen orejas pequeñas y cuello y cola poblados de cerdas largas y abundantes. Con esta serie de características me lo ofrece la zoología encuadrado científicamente dentro del conjunto de los demás animales. Mas hay que apreciar el valor justo de este encuadramiento. No sirve para que, en virtud de él, llegue uno a construirse *la figura* típica del caballo, ni tampoco lo pretende. Tal encuadramiento es por naturaleza *posterior* a la figura. Lo cual quiere decir que supone el conocimiento intuitivo del caballo. Antes de tener un conocimiento científico del caballo, se ha de tener un conocimiento vulgar del mismo. Antes de clasificar científicamente un animal, ha de saberse *de qué se trata*. Y para esto no basta con ofrecer la palabra "caballo"; ésta ha de ofrecer ya un significado previo, el cual incluye la toma de la figura.

Pues bien, al presentarnos tal conocimiento la figura del caballo, nos facilita su imagen naturalista. Ello nos permite decir que *de ése* se trata; ése es el encuadrado en el conjunto de animales; a él pertenece toda aquella serie de atributos que lo definen descriptivamente, y a él constantemente nos remitimos. Después, por tanto, de la definición sensitivo-imaginaria del caballo, sobreviene su definición conceptual.

Mas queda algo muy importante que decir —decisivo en nuestro caso— sobre esta clase de imaginaciones naturalistas. En realidad, el conocimiento del *subiectum* o tema que va a ser adobado científicamente no nos lo facilita de suyo originariamente la imaginación sino los sentidos, la vista sobre todos. Vemos en los campos, en las praderas, en los establos *esos* animales que llamamos caballos (18) y, después, nos los imaginamos. El caballo percibido por los sentidos es el que recibe los remites últimos y decisivos (19). Las imáge-

(18) De hecho, actualmente ya serán millones y millones de personas las que nunca en su vida han visto un caballo en su propia realidad; y si saben de qué se trata es tan sólo porque lo han visto en fotografía o en películas del oeste americano.

(19) Por los sentidos puede ser percibido de modo inmediato en su realidad, o de modo mediato y sólo mediato, como cuando solamente se ha visto caballos dibujados o fotografiados, como he dicho en la nota anterior.

nes, en esta situación, hacen de vicarios o sustitutos de las sensaciones. La percepción sensible que se ha obtenido del caballo en una o varias ocasiones, es reproducida por la imaginación en otras según conveniencias.

Pero, en realidad, aun en este plano de su versión naturalista, las imágenes pueden presentar algunas peculiaridades que las distinguen de las sensaciones en algo más que en ser meras reproducciones de ellas, como ya apunté vagamente más arriba.

Cuando yo veo un caballo, veo un caballo concreto y singular; éste que tengo delante y no otro. Y este que veo es de un determinado color, por ejemplo, bayo; y posee otras determinadas cualidades que se reúnen en él y no en otro. Pues bien, yo me puedo *imaginar* acto seguido *ese* caballo y no otro; pero lo que suele ocurrir es que, al hablar de caballos, mis imaginaciones no descienden a esos detalles y, como apoyatura de las ideas ofrecen una especie de imagen-tipo, imagen vaga, general, resultante de la supresión de las diferencias particulares entre los caballos concretos y recolección de las notas coincidentes percibidas por los sentidos. De modo que la imaginación viene a efectuar ya de por sí una especie de abstracción y síntesis. De ello resulta una imagen del caballo sin color, ni tamaño, ni corpulencia definidos, afín a la silueta que podríamos hacer en la pizarra sin pretender dibujar la de ninguno concreto (20). Si en vez de tratarse de un caballo se tratase de un pino, en la imaginación del pino entra con más facilidad el color, debido a que no hay conflicto: todos los pinos tienen las hojas verdes y el tronco del color característico consabido; sin embargo, ni se nos ocurre dibujar todas las hojas vistas.

(20) Por lo demás, —como ya sabemos— esta reducción de detalles puede provenir y proviene en muchos casos —y en algunos en medida enorme— de las sensaciones mismas. Uno suele distinguir las personas *in singulari* por el tipo y, muy en particular, por el rostro. La visión que tenemos de los animales (a no ser de los domésticos) no llega a tal extremo. Los sentidos son impresionistas. Lo que percibimos por los sentidos son animales, pinos y guijarros concretos y singulares, que admitimos son distintos entre sí y diferentes por características propias y no sólo por las coordenadas de lugar y tiempo en que existen. Sin embargo, si se nos pide que dibujemos un corzo, un pino, o un guijarro, no intentamos dibujar ninguno concreto que hay en la Naturaleza, cual si nos propusiésemos hacer de memoria su retrato. Y ello se debe, no a que no tengamos habilidad (podemos suponer que se trata de un pintor retratista) ni a que se nos haya olvidado lo que podríamos llamar su fisonomía singular, sino a que nunca hemos percibido con distinción la fisonomía singular de ninguno. Por ello nos decidimos a pintar... el esquema general.

Tirando la raya y sacando la suma: las imágenes características del pensamiento naturalista, es decir, propias de su servicio, tienen de particular (aun contando con el tanto de esquematismo o empobrecimiento que puedan ofrecer) el representar objetos originarios de los sentidos y perceptibles por estos (en el plano de concreción o individualidad impresionista al menos). Y así, tales imágenes vienen a ser auxiliares de los pensamientos instalados en el primer grado de abstracción, como sustitutivos de las sensaciones por las que nos constan los objetos a que se refieren tales pensamientos. A su modo, los sentidos perciben lo que la imaginación imagina. Aun cuando el caballo imaginado esté estilizado, representa a un animal que se da en la Naturaleza. No habría inconveniente, sino una gran ventaja realista, en que cuando se hablase de caballos se fuese al establo y se sacase uno para tenerlo delante; y cuando se hablase de flores se fuese al jardín y se trajese una o un manojo. Sería un procedimiento mucho más expeditivo y eficaz que dibujarlos en la pizarra. Y ello porque en el primer grado de abstracción, tanto los pensamientos como las imágenes que les sirven remiten, en definitiva, de modo directo a la Naturaleza. El caballo al que se refiere el zoólogo cuando se lo imagina, insisto, es el que está en el establo, y la flor que se imagina el botánico es la del jardín, la del bosque o la del campo; y el plomo que se representa el geólogo, es el que sale de la mina (21).

Como ya hice constar, este plano de conceptualización no ofrece dificultad alguna para admitir que a todo pensamiento acompaña una imagen. Lo que ofrece dificultad a veces es precisamente lo contrario: descubrir el pensamiento que acompaña a la imagen, como cosa netamente distinta de ella.

Dentro del mundo imaginativo naturalista encontramos una distinción de imágenes que es interesante hacer constar aunque sea brevemente: las *estáticas* y las *dinámicas*.

Estáticas, como la del paisaje en calma, del cielo estrellado, del granito, de la tierra del sendero, de las raíces de los árboles.

(21) Cabe el fenómeno de la "idealización" del objeto y el correspondiente del "fantaseamiento". Así, arrastrados por no sé qué fuerza estética, cuando vemos a una niña con algún rasgo menos conforme y desentonante, nos sorprendemos a nosotros mismos como haciendo un esfuerzo interno de retoque y dición-donos, por ejemplo: "¡qué lástima! si no fuera tan chata..." Es el impulso de que se deja llevar el artista creador en el orden del mundo artístico. Es también el impulso desordenado que arrastra a la imaginación a fantasear quimeras.

Dinámicas, como la del agua de la torrentera, de las hojas del álamo mecidas por el viento, del hormiguero en actividad, de la huída del gamo.

Existen objetos en los que se sabe que se da movimiento y, sin embargo, su imagen espontánea se presenta estática. Así, por ejemplo, los animales y plantas en época vital de crecimiento, el sol, la luna, las estrellas, la tierra. Mas de él no se hace eco de por sí la imaginación (por no hacérselo de por sí los sentidos); y consiguientemente la imagen general de tales objetos es estática.

Actualmente, sin embargo, la propagación de los resultados del intenso estudio científico, tanto micro-físico como micro-biológico, reacciona sobre la espontaneidad de la imaginación y va introduciendo el uso de imaginarnos todos los cuerpos, vivos y no vivos, como colmenas de intenso dinamismo microscópico. El tronco del roble que tengo delante, por más macizo que se me haga, la ciencia me educa a imaginarlo como un hervidero de células en actividad continua; el bloque que sirve de firme asiento, es como un cajón de bolas moleculares con suficiente holgura para bailotear incansablemente, aunque no se niegue que los espacios de separación son muchos más reducidos que los del humo o el agua. Pero éstas son ya imágenes *artificiales*, a cargo del pensamiento científico, que es el que las configura y propaga juntamente con su vulgarización.

9.—BASE IMAGINATIVA PROPIA DEL PENSAMIENTO MATEMÁTICO.

Además de las imágenes características del mundo de las ciencias físicas y naturales, hay otras propias del mundo matemático. Son las correspondientes a las palabras: punto, línea, cuatro, ángulo, decágono, triángulo, mitad, esfera, un tercio, círculo, etc. (22).

Téngase también en cuenta aquí la distinción que hay entre la imagen y el pensamiento. Cuando yo, hablando de la línea recta, dibujo a pulso una recta en la pizarra y la contrapongo a la curva que a continuación también dibujo, en realidad la recta trazada no es una recta sino una curva *menos curva* que la otra, pero vale para *dar a entender* lo que es la recta *de que hablo* (que no es la "recta"

(22) Continúo considerando la palabra como portadora de la imagen, y, por ello, sin considerarla a ella misma como imagen.

de la pizarra, sino la recta matemática); y así, aunque la de la pizarra es curva (o dicho vulgarmente: torcida), lo es en un margen de curvatura despreciable, tanto que en vez de llamarla "curva" la consideramos como una "recta mal hecha".

En este caso, la línea que decide no es la de fuera, la que he dibujado en la pizarra, o la que encontramos trazada en la Naturaleza, sino la línea trazada imaginariamente *en mi interior*. Este es el objeto propio, el *subiectum* o tema *de que se trata*, es decir, al que sobreviene la conceptualización matemática. Y lo dicho de la línea recta, dígame de los demás elementos matemáticos. Las líneas, figuras, volúmenes que se encuentran en la Naturaleza son ejemplos —deca-dentes— de las líneas, figuras, volúmenes, etc., matemáticos puros; y, por ello, el pensamiento matemático se desinteresa de aquellos en en cuanto tales.

Al contrario de lo que pasaba en el mundo físico-naturalista, en el mundo matemático la imaginación no remite sino de modo incidental a los objetos reales, pues que hace abstracción de ellos. Si allí el caballo imaginado remitía en definitiva al caballo de carne y hueso, aquí lo decisivo no es que la recta sea de madera o de luz, o que el triángulo sea de hierro o de yeso, pues lo esencial es la forma pura de la recta y la forma pura del triángulo, indiferentemente de si son de madera, de luz, de hierro o de yeso. La materia es para la matemática una consideración apendicular y extraña.

Por esto precisamente, y debido a que los sentidos son los destinados a percibir los objetos de la Naturaleza, en el mundo matemático lo que decide en servicio del pensamiento no son los sentidos sino la imaginación, es decir, ésta no remite centralmente a los sentidos, sino éstos a la imaginación. Los objetos matemáticos son más imaginables que sensibles, pues aunque los sentidos perciben *en las cosas* ciertos rastros de los objetos matemáticos, no los perciben en toda su pureza porque así no se dan en las cosas sino abstractos de ellas. Y esta consideración abstracta precisamente es la peculiar de la imaginación. El triángulo físico, al alcance de los sentidos, es de hierro, de madera, de yeso —si se trata del pintado en la pizarra—, de tinta —si pintado en el papel—; pero el matemático no es de nada de eso. El "uno" físico es una manzana, un astro, un bofetón, un susto, es decir, un... algo; el uno matemático es un... uno. El tres físico es tres libros, tres ventanas, tres miradas; el tres matemático es tres... unidades, tres... decenas, tres... décimas. En total, el

tres físico es el tres fuera, en las cosas ; el matemático es el tres dentro, fuera de las cosas, prescindiendo de su posible relación con ellas.

Por lo cual, cuando al exponer la doctrina de la tangente a un círculo hago un dibujo en la pizarra a regla y compás y lo tomo como un ejemplo, o se entiende con conciencia plena que *no se trata de eso* (aunque me refiera con mis gestos a ello) sino de lo que con ello se quiere significar, o el ejemplo de la pizarra es un caso matemático desvaído ya en el mundo físico, *no un caso concreto y propio* del mundo matemático. En efecto, al hablar de *este* círculo y *esta* tangente e indicar con el puntero la figura de la pizarra, indico *un* círculo y *una* tangente a él, ambos *concretos y singulares, individuos* como pueden serlo Pedro y su bastón ; singularmente distintos, por tanto, de *otro* círculo y *otra* tangente que puedo trazar en la otra pizarra, como son distintos Pedro y su bastón de Juan y su bastón. Pero la individualidad de tales figuras, como la de Pedro, Juan y sus bastones, es una individualidad física, no matemática. La individualidad física está determinada por la unidad de que se hacen cargo los sentidos ; pero como el mundo matemático hace abstracción precisamente de tal unidad, ésta, queda fuera.

Todo lo dicho insinúa que si la imaginación, en su servicio del pensamiento del mundo físico-natural, funcionaba de modo un tanto cohibido, atendiendo a las restricciones que le imponían los datos que le presentaban los sentidos, de los que venía a ser sustitutivo, en el mundo matemático se desenvuelve en su holgura natural como en su propio elemento, con meras formalidades, por más que se trate de formalidades *de las cosas*. De las cosas, pero sin las cosas, haciendo abstracción de ellas, de su materialidad, de su corporeidad, de su realidad.

Resumiendo : las imágenes características del pensamiento matemático, es decir, propias de su servicio, tienen de particular el representar objetos originarios de las percepciones de los sentidos, pero de tal manera potenciados en perfección, perfilados y limados, que los sentidos ya no los encuentran así en el mundo. Las formas de los entes matemáticos no se encuentran en toda su pureza en el mundo físico, sino en condición rebajada por la materia que en tal mundo inevitablemente les acompaña como constitutivo. Con lo cual se ve lo comprensible que es el que la imaginación acompañe y ayude al pensamiento matemático. Es natural y espontáneo, pues las imágenes estrictamente hablando, es decir, los productos de la ima-

ginación así llamados, constituyen su punto de apoyo y de referencia.

El mundo matemático, al constituirse sobre la abstracción de la materia del mundo físico, en consecuencia hace abstracción del movimiento y del reposo, que son accidentes inseparables de la materia. Por ello, en el mundo matemático puro no existe el movimiento, y las imágenes matemáticas no se pueden dividir como tales en estáticas y dinámicas.

Se valora con esto la agudeza sofisticada de Zenón el Eleata cuando, para negar la realidad del movimiento, recurrió a considerarlo matemáticamente. En efecto, en *Matemáticas* el movimiento no existe.

Se da, sin embargo, un conocimiento híbrido: las Matemáticas aplicadas, la consideración matemática de la realidad o Físico-matemática. De gran aceptación hoy día, consiste en proponerse estudiar la realidad física desde la Matemática, transigiendo ésta en aceptar los datos de la Física. Ello impone a la Matemática la renuncia a su pureza y la contaminación de sus elementos por el trato y manejo de los elementos físicos. Mas esta contaminación tiene como contrapartida la ventaja de una cierta comprensión de los fenómenos físicos, pues con ello se logra someterlos a medida.

Al par de este conocimiento matemático aplicado —y en realidad producto de él— tenemos a la vista la realidad técnica, que viene a ser un sector del mundo físico invadido por el matemático y hecho con una cierta modulación de su imagen y semejanza. Los objetos que integran el mundo de la técnica ocupan una especie de lugar intermedio entre el físico y el matemático; por una parte, son físicos, es decir, provistos de cualidades perceptibles por los sentidos; por otro, están dotados de formas, por su perfección, extrañas al mundo físico. En la Naturaleza no se encuentran esferas tan perfectas como los cojines, ni superficies tan pulimentadas como la de un vidrio, ni rectas tan rectas como las de mil objetos mecánicos, ni tubos, ni ruedas, ni quebradas tan regulares como los dientes de una sierra. En tales objetos mecánicos hay una materia y una forma físicas, pero esa forma está tan pulida, tan aproximada artificialmente a las formas imaginarias del mundo matemático que casi viene a ser forma matemática o imaginaria *encarnada*.

Mas esta "encarnación", a la vez que implica una especie de elevación de la forma física hacia la perfección de la forma matemática o imaginaria pura, implica, como ya advertí, un cierto descenso de

la forma pura hacia el nivel de la física, lo que incluye una degeneración de aquélla y una situación a horcajadas en la línea divisoria entre lo físico y lo matemático. Los dientes de una sierra ofrecen una línea quebrada regular tan perfecta que no hay en la Naturaleza pura ninguna que le iguale; pero no tanto que alcance la perfección de la quebrada imaginaria que fue el modelo que guió a quien la hizo (23).

(Concluirá)

ISACIO PÉREZ FERNÁNDEZ

(23) Se puede señalar otra especie de "encarnación" de menor grado en los dibujos que se ejecutan en el papel o en la pizarra, sea como simples ejemplos de la explicación teórica, sea como planos o proyectos de una ulterior ejecución física que se intenta.